

AL ARTE LO QUE ES DEL ARTE...

por JEAN EMAR

Alrededor del proyecto de monumento a Magallanes Moure que ha hecho el escultor Tótila Albert, se levantan las más contradictorias opiniones. Opiniones escritas y habladas.

Entre las escritas: un artículo de Fernando García Oldini en el último número de "Claridad"; otro de Armando Donoso en el "Zig-Zag" del 19 de Julio; un "Día a Día" en "El Mercurio" de ayer; y varios otros que les hacen coro, en diversos periódicos. Estos, en defensa de la obra de Albert. En contra: Julio Ortíz de Zárate en la "Nación" del Domingo pasado y Sara Hübner en "El Mercurio" del Lunes pasado.

Entre las habladas: una cura-

humanidad, para sólo darnos cuenta de reminiscencias propias que no sé hasta qué punto merecen inmortalizarse en un monumento.

Por fin viene la palabra "literatura...", el cuco del arte contemporáneo, como dice Oldini.

Este "cuco" ha sido de todas las épocas y no sólo de hoy. Que en otras épocas los escultores hayan tenido el valor de hacer escultura, y los pintores, pintura, no quita que la palabrería vacía apunte a la estética indique el punto de toda degeneración plástica.

Los literatos han reconocido a los artistas nuevos. En verdad, el por literato se entiende a los verdaderos poetas y no a los hacedores de frases. El poeta es un constructor como los pintores y escultores y como tal reconoce a los que trabajan con igual honradez que la suya. Así Baudelaire con Delacroix, Apollinaire con Picasso. Mas de ahí a creer que cualquier hombre que lleve un tropicalismo insaciado, puede colgarse a una obra plástica, media una distancia que es increíble que la sagacidad de Oldini no haya apercibido.

El que hace literatura es aquel que cree que todas las artes lo son un pretexto para vaciar frases y para dar expresión, al comentarlas, a lo que ha quedado dentro por incapacidad de expresarse directamente. El poeta, el verdadero hombre de letras, mira a las demás artes de igual a igual.

Hasta aquí, de lo que he podido coger en las palabras alambicadas del que no es escultor, ni poeta, ni crítico. El resto de su filosofía se me escapa.

Pero hay otro punto en que el señor Oldini se junta con el señor Armando Donoso y con el "Día a Día" de ayer: las alusiones. Y así, mientras el primero habla de "conspiraciones subterráneas y sarcasmos envenenados", el segundo habla de "mala envidia y de maquinias inconvenientes" y el suelto de ayer es un eco de los flechazos diseminados que creo se dirigen a los que no comulgan con la estética del señor Tótila Albert.

Es todo esto una manera por demás cómoda de rebatir opiniones artísticas: sacarias del terreno en que los señores Oldini y Donoso no se hallan muy firmes y colocarlas en el terreno de un sentimentalismo quejumbroso.

No pueden tenerse concepciones diferentes del arte sin que sean ellas dictadas por "envidia y celos". No sé qué envidia puede originar a artistas honrados con los materiales con que trabajan—a pintores que pintan y escultores que esculpen—una estética cuyo principal mérito consiste en dar ocasión a los hacedores de literatura para tejer las frases que no hicieron en sus propias obras y en ya "valentía" reside principalmente



Croquis por Vargas Rosas

ción de fronteras y otra cuestión de sentimentalismo.

Por encima de todo, coloco el artículo de García Oldini.

Oldini, al defender a Albert, ha hecho una obra paralela al "gran cilindro", de tal modo su artículo refleja la desviación artística de que padecemos. Dejo a un lado los flechazos personales, como por ejemplo, cuando dice: "Ningún otro artista, en Chile, fuera capaz de igual heroísmo..."

A los artistas de Chile, les toca responder.

Pero, renglones más adelante, aborda cuestiones generales y sobre éstas, que Oldini me permita algunas palabras.

Dice Oldini: "Yo no soy ni escultor, ni poeta, ni crítico. Soy solamente hombre. Como tal... etc." El vacío de este argumento, creo que está al alcance de cualquiera. Ser hombre, no basta y si ello basta, los demás también somos hombres. Y queda en la nada el argumento entero. ¿Cómo un polemista avezado cae en tal



Donatello

ingenuidad? Yo no soy músico pero soy hombre y como tal declaro que "La Danza de las Libéltulas..." ¿Cómo eso? La caída es muy sencilla: es la fuerza del hábil. Es un truco periodístico, más no una razón artística. Colocándose uno en la ignorancia, tiene al 99 por ciento del público a su favor. Y para comenzar su defensa, el señor Oldini no ha juzgado innecesario poner "a nivel".

Seguro ya del beneficio de los que son únicamente hombres, el señor Oldini salta a tales alturas que sólo los Dioses podrían comprenderle. Salta, sin temor por sus espaldas han quedado bien defendidas.

Para afirmarse, asegura que sus literatos defensores de Delacroix, Rodin, el Impresionismo, Donatello y Picasso, y concluye:

"Ha que, por suerte, en cada arte hay algo que está más allá del oficio, aquello para lo cual el oficio sirve de medio".

Esto es muy cierto mientras las artes se entienden como oficios, mientras de ellas se espera no halago personal. Pero dentro de ellas mismas, nos haría un gran servicio el señor Oldini en explicar dónde, justamenté, termina el oficio para empezar el arte. El oficio es una única y misma cosa con el fondo; la obra de arte es un total que no puede, con tanta facilidad, dividirse en partes al alcance de los gustadores. Y cuando Oldini habla de dos emociones producidas en él por la obra de Albert, la una intrínseca y la otra humana, es que ha quedado al margen de la sencillez y de la

en una marcada tendencia al egoísmo en vez de serlo en una innovación de las formas plásticas.

Por fin, se cosa arraigada en nuestro ambiente, el no considerar jamás una cosa en sí, sino considerarla por cuanto la rodea, ajena a la cosa misma. Y aquí vienen las opiniones habladas.

Cuestión de fronteras... De boca en boca para la opinión de que todo aquel que no gusta de la escultura del señor Albert, es un francónido que detesta cuanto venga de Alemania. Lo que en materia de arte, ni franceses ni alemanes hacen en sus propios países, se haría en Chile por chilenos... Sin embargo, si así fuese, ¿cómo explicar entonces la entusiasmo broda al arquitecto Rudolf Brünning? ¿Y el artículo de la señora Sara Hübner en contra del monumento? Es la imposibilidad de concebir que en arte puedan tenerse gustos y creencias diferentes, lo que hace recurrir a tales argumentos.

Cuestión de sentimentalismo... Se ha hablado en contra del monumento cuando el señor Albert parte a Buenos Aires. Verdaderamente ignoráramos que un viaje de un autor obliga a amar a su obra y a recibir en silencio las pulas de sus admiradores.

Parece que falta aún mucho tiempo para que aquí se pueda considerar una obra de arte con la serenidad con que se juzga una obra científica: por su verdad y exactitud. El arte, aún en manos de los "tropicalistas insaciados", debe regirse por toda clase de razones, menos por razones de arte.

J. E.